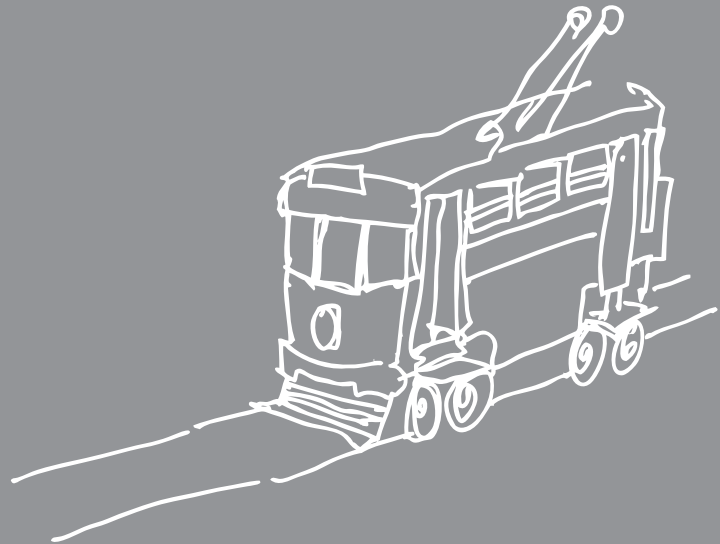


# ¿De qué color serán las fiestas del bicentenario?

## *O un tranvía llamado Bicentenario*

*Héctor Zagal*



*“Nada de ideales imprecisos e inasequibles, nada de lamentaciones retóricas, pero tampoco transacciones y componendas. Tenemos una nueva fe y una misión nueva [...] El mundo nuevo no lo harán hombres viejos, no se logrará con los métodos antiguos”.*

*Manuel Gómez Morín*

### ¿Un país en estampida?

El fundamento del Estado no es el intercambio comercial. Esta comunidad se constituye porque sus miembros comparten, al menos en un grado mínimo, el mismo ideal de justicia. Lo otro se llama mercado común, tratado mercantil, pero no polis. Más o menos con estas palabras, Aristóteles suscribió esta tesis hace varios siglos. El filósofo no pecaba de ingenuo. La promoción de la justicia ejerce un potente efecto aglutinante.

El ideal de justicia se desgasta rápidamente cuando no se lleva a la práctica. Las acciones son absolutamente indis-

pensables. Sin embargo, la acción sin palabras se disuelve en el día a día. Las acciones en pro de la justicia deben articularse en torno a un modelo cultural que explique el sentido de tales acciones. Este discurso es mucho más que un plan de acción, un presupuesto, un programa de un gobierno o, incluso, una constitución. Estoy hablando de un discurso legitimador. México exige una nueva retórica. Necesitamos un discurso sólido, coherente, sincero, capaz de convertirnos en ciudadanos y no en meras personas físicas de un país que, por momentos, se disgrega.

Los últimos años viajé mucho por la República. Me topé con personas poderosas que visitan regularmente Nueva York o Madrid y que, simultáneamente, se jactan de no haber puesto un pie en el Distrito Federal en toda su vida. No se trataba de la comprensible aversión hacia el apocalíptico Valle de México; en su reticencia había algo más. Para esos personajes, la sede de los poderes federales carece de significado porque, en definitiva, la palabra “México” les suena hueca. El país, en el mejor de los casos, se agota en la región geográfica de su estado.

Conocí también a personas marginadas. La federación tampoco existe en sus cabezas. No se sienten mexicanos porque, en cierto sentido, no lo son. No hemos sido capaces de garantizarles la igualdad de oportunidades. Algunos ni siquiera saben dónde viven; en su vocabulario, “México” es *flatus vocis*, un fantasmagórico soplo de voz.

Cierto: para dar contenido a la palabra “México” hace falta justicia social. Muchos hombres y mujeres luchan por ello. Pero me preocupa el poco cuidado por engarzar esas acciones dentro de un marco cultural. Seré provocativo, aprovechándome de este espacio: el PAN no parece haber encontrado aún un discurso para cohesionar al país. La limitación no proviene exclusivamente de la falta de recursos económicos, o de la mezquindad de ciertos contrincantes políticos. Estos fac-

tores son decisivos, pero no los únicos. En este país también andamos escasos de ideas y de ideales.

## El tren que se va

El centenario de la Revolución y el bicentenario de la Independencia son una ocasión irrepetible para consolidar la identidad nacional. El PAN debe proponer un discurso que sustituya la vieja retórica, desgastada por el uso frívolo, hipócrita y maniqueo. El discurso de la alternancia democrática caducó; tuvo su importancia, pasó su momento. Es tiempo de configurar uno nuevo.

A veces pienso que Acción Nacional se toma con excesiva parsimonia el Bicentenario. Tengo la impresión de que se ha mantenido casi como espectador. Quisiera ver a más panistas preparándose para el 2010. El Bicentenario es mucho más importante de lo que puede imaginarse.

No es sólo una bonita ocasión para levantar edificios, remozar parques y restaurar viejas avenidas. Por decirlo coloquialmente: el Bicentenario es nuestro cumpleaños. Como en todo cumpleaños, el festejado siempre es el protagonista; hay regalos, velitas, pastel, canciones y buenos deseos. El 2010 es una oportunidad para que nuestro país muestre al mundo quiénes somos, qué hemos hecho en doscientos años y, sobre todo, qué haremos los próximos cien. China, por ejemplo, aprovechó las Olimpiadas

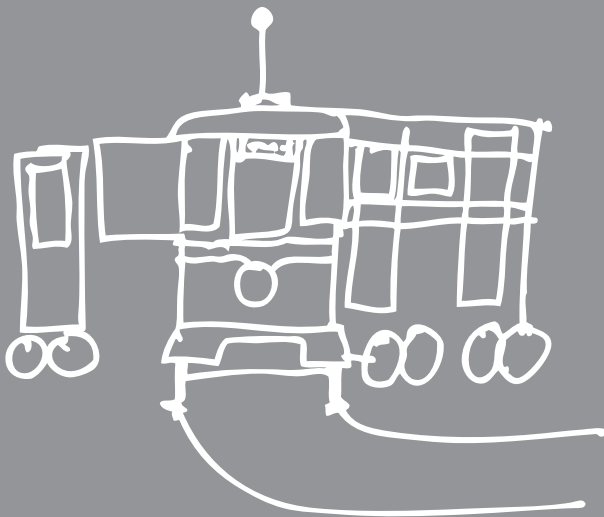
para proyectar internacionalmente una estudiada imagen.

Los preparativos de una fiesta son casi tan importantes como el festejo. Conseguir el salón, la comida, los payasos, las invitaciones, el mago, los globos, el confeti, cada detalle es fundamental para el éxito. Por eso los padres se adelantan en las invitaciones para asegurarse de que todos los conocidos se enteren que tal día es especial. En pocas palabras: un cumpleaños se planea.

El PAN ha sido discreto con el Bicentenario. Tal vez porque aún faltan dos años. Tal vez me equivoco y la celebración me dejará boquiabierto. En cualquier caso, el tiempo vuela. Los meses pueden precipitarse: sería una catástrofe para el partido. Acción Nacional tiene que darse cuenta de la magnitud de la fecha. 2010 es un tren que, de no subirse en él, no volverá a hacer parada en las puertas blanquiazules. Los aniversarios ofrecen al PAN la posibilidad de echar nuevas raíces en un suelo desecado por décadas de verborrea oficialista. Es la oportunidad de consolidarse como cabeza cultural.

## ¿La cultura nacional es tricolor?

La batalla por la cultura es decisiva. Lo que va en juego en el festejo de los centenarios es mucho más que el privilegio de cantar las mañanitas y soplar a las velitas. Está en juego la oportunidad de re-escribir la historia, de reinterpretarla. Que



conste, –no quiero que se me malentienda– reinterpretar no equivale a falsear.

Ser gobierno exige la capacidad de ofrecer un proyecto cultural. Se lo he repetido a mis amigos panistas con la mejor de las intenciones: Acción Nacional no ha logrado dibujar su propia identidad cultural como gobierno. Las políticas culturales siguen cimentadas en la cosmovisión priista. Es como pintar un autorretrato sobre un mural de Diego Rivera.

Considero que Acción Nacional necesita comenzar de nuevo: un lienzo en blanco, una tabula rasa. Es fundamental que el PAN acompañe la democratización del país con un nuevo discurso fundador. Esto es, un discurso que brinde sentido a las acciones del gobierno y de la gente; que supere las diferencias y propicie la unidad; que sea motivo de orgullo; que interprete el mundo, nuestra historia, nuestro presente y, sobre todo, que ilumine nuestro futuro. Los ciudadanos necesita-

mos aliento, ideales que nos impulsen hacia mejores puertos. En una sola idea: el PAN necesita dirigirse a la gente, atraparla con su retórica e infundirle una identidad, respetando, siempre, el pluralismo de nuestra sociedad.

### Borrón y cuenta nueva

Cuando hablo de un discurso fundador no me refiero a la palabrería política, sino a una retórica cultural, nacional. Se trata de contemplar la vida nacional desde una perspectiva distinta. La verdadera retórica es el arte de argumentar y persuadir sobre asuntos públicos. Es un instrumento para orientar la vida de un pueblo. No me refiero, por tanto, a la retórica vacía y ampulosa, ni a la propaganda manipuladora y fascista.

Roma fue un caso paradigmático. En sus orígenes, los romanos fueron un pueblo advenedizo, sin pasado, un *parvenu* del Mediterráneo. Una de las primeras acciones de gobierno de César Augusto fue encargar a Virgilio *La Eneida*. El objetivo:

incrementar el orgullo de la herencia romana. A través de una de las más grandes obras literarias, César Augusto re-fundó la historia de su pueblo. Inventó un parentesco con los troyanos. Eneas consigue huir de Troya después de que los aqueos queman la ciudad. Después de muchas vicisitudes, el troyano logra llegar al Lacio. Tras muchos esfuerzos, los descendientes de Eneas –Rómulo y Remo– fundan Roma. Al pasar los años, los romanos conquistan Grecia. Se consuma así una suerte de venganza troyana. Desde entonces no importó si los romanos fueron salvajes. Después de la *Eneida*, Roma erigió su propio linaje ancestral, una historia honrosa que se remontaba hasta la Troya del valiente Héctor.

En la cultura prehispánica ocurre algo parecido. Comparado con otros pueblos mesoamericanos, los mexicas fueron primitivos. Si sobrevivieron en Tenochtitlán fue, en gran medida, debido a su rudeza. Eran un pueblo que carecía de genealogía noble. Tlacaélel se encargó de cambiar la historia. Después de la victoria sobre los tepanecas en Azcapotzalco, Tlacaélel fue nombrado Cihuacóatl, consejero del Señor. Tlacaélel consolidó el poder mexica a través de una reforma ideológica: reescribió la historia mexica. Elaboró una versión mística. Ordenó quemar los códices de los pueblos vecinos y los reemplazó con los códices aztecas. El pueblo mexica ya no fueron los nómadas bárbaros. La reforma

de Tlacaélel dio lugar a una nueva visión del pueblo; suplantó la vieja conciencia histórica para convertir a los aztecas en los “hijos del Sol”. Se convirtieron en el pueblo del dios Huitzil. La divinidad los guió. Les ordenó establecerse donde el águila, erguida sobre un nopal, devorara una serpiente. El islote maloliente del lago de Texcoco, el único terreno libre para los aztecas, se transformó en tierra prometida. El símbolo resultó tan atractivo que, siglos después, el águila representa a millones de mexicanos del norte y del sur que nada, absolutamente nada, tienen que ver con los aztecas del centro.

## **La historia oficial: un cuento maniqueo**

En la historia de México los autoritarismos supieron acuñar un discurso cultural. El porfirismo adoptó el del liberalismo científico. El progreso, la modernización y la mano dura fueron las claves de la arenga porfiriana. Conforme la dictadura envejeció, el tono se hizo cada vez más prospectivo. Convenía no mirar el pasado, perder la cuenta de sus reelecciones, olvidar la traición a la causa democrática. Ahora importaba insertar al país en la modernización, en la oleada del progreso. Había llegado el momento de voltear la página. Poner el acento en el futuro, en la rentabilidad de la ciencia y la educación. Las palabras de Justo Sierra durante la inauguración de la Universidad Nacional de México son elocuentes. Dirigiéndose al presidente Díaz, declamó: “Mucho

habéis hecho por la patria, señor; hoy el mundo contempla de cerca con qué solemne devoción os habéis puesto al frente de la glorificación de nuestro pasado, que, oscuro y triste como es, ha sido aceptado entero y sin reservas por la nación mexicana, para hacer de él nuestro blasón de honor y de gloria. Habéis sido el principal obrero de la paz; la habéis hecho en el campo, en la ciudad y en las conciencias; la habéis incrustado en nuestro suelo con las cintas de acero de los rieles; la habéis difundido en nuestro ambiente con el humo de nuestras fábricas, y os esforzáis con gigantesco esfuerzo en transformarla en frutos que anhelan nuestros amigos ricos, y en mieses que cubran nuestras planicies, regadas ya con su maravilloso toisón de oro. Y con todo esto habéis preparado el porvenir; pero era preciso que quien tuviera conciencia de ese porvenir fuese un pueblo libre, un pueblo libre no sólo por el amor a sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; para ello habéis incessantemente impulsado y fomentado un vasto sistema de educación nacional, matriz fecunda de las democracias vivas, y este sistema queda teóricamente coronado hoy; vuestro nombre perdurará grabado en él como oro en hierro”.

El Partido de la Revolución Institucional hizo lo propio. Cuando surgió en 1928 el Partido Nacional Revolucionario, el general Plutarco Elías Calles sabía que la mentalidad del pue-

blo podía moldearse con la suavidad de las palabras. Configuró, así, el discurso, quizá, con mayor arraigo: una narración sembrada de símbolos, héroes y villanos. “La Revolución Institucionalizada” abrazó todas las causas: campesinos, obreros, militares, mujeres, empresarios, indígenas, intelectuales, todos cayeron bajo el regazo del partido. El PRI inventó la Revolución con mayúscula. Sus caudillos olfatearon muy pronto la conveniencia de apoyarse en un supuesto enemigo: el muralismo mexicano. Artistas e intelectuales colaboraron con el PRI para poner un rostro único la diversidad de movimientos armados surgidos a partir de 1910. El discurso tricolor sublimó las masacres, las guerrillas inconexas, las sublevaciones egoístas. Calles y sus sucesores escribieron la mitología de la Revolución que, durante setenta años, dio sentido a las acciones de gobiernos tan distintos como el de Miguel Alemán, Luis Echeverría o de Salinas de Gortari.

## **Retórica nacional y reforma energética**

El PRI configuró al mexicano alquímicamente. Se nos enseñó, desde el general Lázaro Cárdenas, que el petróleo es el oro negro de los mexicanos. El petróleo es nuestra salvación. Antes muertos que perderlo. El discurso de la expropiación petrolera es un dogma del credo popular. Lázaro Cárdenas, el redentor, rescató de las garras extranjeras nuestro petróleo. Es fácil percibir que esto es una versión grandilocuente, exage-

rada. Sin embargo, en la calle, lo importante no es lo que sucedió, sino lo que se dijo. Todavía hoy el apellido “Cárdenas” goza de un halo de prestigio, de magia, que puede invocarse para apuntalar una causa. Si la reforma energética enfrenta la opinión de tantas personas es, en buena medida, por el peso del discurso antiguo. ¡Y que luego me vengan con el cuento de que la cultura es trivial!

## Gómez Morin y la cultura

El PAN necesita hurgar en su memoria para encontrar los nodos de los cuales colgar una historia diferente. En su acervo existe, al menos, un caudillo revolucionario que injustamente ha pasado inadvertido: Manuel Gómez Morin. Contrario a la versión oficial, Gómez Morin fue parte de la Revolución. Traujo la lucha revolucionaria en términos de Modernidad. El discurso priísta jamás reconoció su importancia. Pero Gómez Morin influyó tanto en la “Revolución” como los generales Calles y Cárdenas. No se necesita de un título militar para considerarse parte de la Revolución. Su revuelta fue desde otro frente: la educación y la economía. Gómez Morin, hombre culto e innovador, reformó al país desde las instituciones, con ideas, no con balas. Gustaba de repetir que “hasta para cambiar de personas y hasta para darse cuenta del cambio se necesitan teorías. La revolución no ha salido de su infierno por falta de teoría. Si tuviera una doctrina, no podría cualquier bandido improvisarse lí-

der y encumbrarse como sucede hoy.”

Su labor es poco apreciada. Sorprende cómo en un solo año, 1925, Gómez Morin perfiló al país hacia la modernización bancaria y fiscal. Enrique Krauze resume atinadamente el trabajo de Gómez Morin durante la rehabilitación económica encabezada por Calles: “Gómez Morin había sido el principal creador de la ley, estatutos y escrituras constitutiva del Banco Único de Emisión, [...] presidió la Primera Convención Nacional Fiscal; asesoró al Departamento Técnico Fiscal; elaboró la nueva Ley General de títulos y Operaciones de Crédito, entre otras varias leyes fiscales y bancarias que entonces se promulgaron; construyó [...] una nueva organización para la vida rural mexicana, mediante la ley, estatutos y estructuración del Banco Nacional de Crédito Agrícola; trabajó en un sistema de seguro y previsión sociales, lo mismo que en un proyecto de crédito popular”.<sup>1</sup>


Por si fuera poco, Manuel Gómez Morin fue rector de la Universidad Nacional de México. Durante su gestión se conquistó la autonomía universitaria, se sorteó la crisis económica con “austeridad y trabajo” y se elaboró el primer estatuto para normar la vida universitaria.

En las filas de Acción Nacional existen otros nombres que bien merecerían un lugar en la

historia nacional. En general, se trata de intelectuales que creyeron que la política no sólo es actuar, sino actuar razonadamente; políticos y empresarios comprometidos con el proyecto de forjar nuevas ideas y pasiones. Por lo pronto, 2010 puede ser la vitrina para exhibir ese repertorio de caudillos biempensantes que vivieron ensombrecidos por el sistema.

La tarea cultural va más allá. Hace falta estudiar mucho para que dentro de cien años los mexicanos recuerden el año 2010 como una fecha crucial en la formación de la identidad cultural del país. Evidentemente, no pretendo que surja un Tlacaélel o un Virgilio albiazul que invente una mitología, después de quemar los libros antiguos. Los intelectuales y artistas orgánicos no son de mi devoción.

Mi punto es: ¿cómo queremos ser dentro de cien años? ¿Qué nos distinguirá de los estadounidenses, de los chinos, de los españoles, de los brasileños? Crear cultura requiere tiempo y, me temo que ya vamos muy tarde. Espero equivo-carme.

No vaya a ser que todo se nos vaya en cohetes y chinampas. No vaya a ser que, al final, nadie se acuerde de que el PAN fue gobierno durante las fiestas del Bicentenario. 

<sup>1</sup> Krauze, Enrique, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, México, Tusquets, 1999.